

CAPITULO IX

Los mercaderes. — Su origen en Tlatelolco. — Los dos jefes *pochteca*. — Progresos del comercio. — Distintivos. — Costumbres de los mercaderes en sus viajes. — Preparativos — Orden de marcha. — Camino hasta Tochtepec. — Marcha desde ahí en orden de guerra. — Su separación para el Xicalanco y el Anáhuac Ayótlan. — Recibimiento en el yaotlalli. — Los nahualóztemeca. — Vuelta de la expedición. — Los scaffolds burials. — La clase *pochtécatl*. — Su jurisdicción propia. — Sus relaciones con la clase guerrera. — Sus oficios en la guerra. — Los tequihua. — Su misión en las caravanas. — Inspección nocturna de los pueblos. — El Quappeyahuáztin. — Derecho internacional. — Ataque á los mercaderes. — Declaración de guerra. — Los embajadores — Diversas ceremonias que se usaban. — El derecho internacional del Anáhuac. — Guarniciones permanentes. — Inviolabilidad de los embajadores. — Intervención del sacerdocio en la clase *pochtécatl*. — Sus fiestas religiosas. — La comun ó menor. — La llamada Panquetzaliztli. — El tlaaltiltzin. — Convites preparatorios. — Sacrificio del esclavo que representaba á Quetzalcoatl — Comida de su cuerpo. — Intervención del dios Paynal. — Verdadero carácter y representación de esta deidad. — El Teoqualo. — El Ypayna Huitzilopochtli — Los esclavos. — Mercados en que se vendían. — Esclavitud hereditaria. — División de los macehuales por trabajos. — Constitución despótica de México.

Encontramos entre los mexica otra clase, los *pochteca* ó mercaderes, que por la organización bizarra de aquella sociedad llegaron á combinar sus intereses con los de la clase guerrera. Acaso por no deslindar bien hasta dónde llegaban unos y otros, se produjo una confusión natural en los primeros cronistas; pero también en este punto vienen en nuestra ayuda las pinturas del código Mendocino, y tenemos numerosos datos que aprovechar en los inapreciables escritos de Sahagún.

Por lo mismo que las isletas en que se fundaron Tlatelolco y Tenochtitlán no eran suficientes para producir los elementos de subsistencia que las tribus necesitaban, se vieron precisadas desde un principio á ir á buscarlas en las orillas del lago. Los tenochca comenzaron á trocar por esos objetos peces y patos que tomaban en la laguna, y los tlattelolca, con más espíritu mercantil, emprendieron viajes más lejanos, formando por su propia seguridad caravanas organizadas al mando de *pochteca* adiestrados; lo que al mismo tiempo que les permitía defender sus personas y mercaderías, iba formando la clase y como consecuencia sus fueros, por la gran utilidad que proporcionaban al pueblo. Así desde la época del primer *tecuhlli* Quaquapizáhuac, había ya dos principales tratantes tlattelolca, llamados Itzcoáztin y Tzintehuáztin. Estos traían plumas de papagayo, verdes de quetzal, azules llamadas *cuittlatezotli* y rojas como grana nombradas *chamulli*. Este primer comercio revela el principio del lujo en los trajes guerreros, y nos hace comprender que para ir seguros los mercaderes á las regiones apartadas de donde podían traer tales plumas, necesitaban asociarse con *yaoyizque* valerosos. Bajo el segundo *tecuhlli*, Tlacateotl, las mer-

caderías aumentan y ya se traen las turquesas *xihuitl*, y las piedras verdes, *chalchihuitl*, y á más mantas y *maxtli* de algodón; de modo que las comodidades producidas por el comercio alcanzaban ya á todos los habitantes pudientes, que comenzaron á sustituir por esos trajes cómodos los antiguos de henequen de los hombres y de *ixtli* de las mujeres. También entonces aparecen dos mercaderes principales, Cozmáztin y Tzompántzin.

Como en lo sucesivo siempre continúan al frente de la clase dos jefes *pochteca*, debemos creer que esto formaba parte de su organización, tanto más cuanto en sus nombres se observa el reverencial *itzin*, pues hubieron de ser personas distinguidas y muy probablemente los guerreros que dirigían las expediciones. No podríamos decir si uno de estos jefes marchaba y otro quedaba en la ciudad ó si era el uno el tlattelolca y el otro el tenochca, pues se reunían los *pochteca* de ambas islas para hacer las expediciones, reconociendo como centro á Tlatelolco, sin duda por haber nacido ahí la institución: pensamos que ambas cosas pudieron suceder.

Del comercio se hizo una verdadera ocupación, una carrera como decimos hoy. En tiempo de Cuauhtlatoa, extendióse el tráfico al cambio de cuentas, anillos y barbotas de oro, piedras azules y verdes labradas, grandes quetzales y otras plumas ricas de diversos colores y pieles de tigres y otras fieras. Los dos jefes *pochteca* fueron entonces Tollamimichtzin y Micxotziyáuhztin. Aumentó el comercio en el gobierno de Moquihuix, y se trataban mantas ricas y labradas, *maxtli* anchos y bordados, trajes lujosos de mujeres, y

las *cuachtli* de ocho brazos de largo tejidas de hilo torcido. Los jefes mercaderes fueron Popoyótzin y Tlaco-chitzin. El comercio había tomado gran incremento, los *pochteca* iban á regiones lejanas á traer objetos de gran precio, á trueque de los que á su vez llevaban. Naturalmente fueron los mercaderes aumentando en número é importancia.

El códice Mendocino nos trae en sus pinturas primeramente al mercader común, que se distingue



Mercader

solamente por el gran bastón, que para el camino le sirve, y por el abanico, que es su distintivo propio. A su lado un padre sentado habla con su hijo y le aconseja que se dedique al trabajo. Más adelante representa á los mercaderes cuando van á partir. Cuando tenían este intento comenzaban por señalar día que tuviese signo favorable, y desde la víspera se rapaban y bañaban, pues durante el viaje se dejaban crecer el cabello y sólo podían lavarse el cuello. A la media noche de la



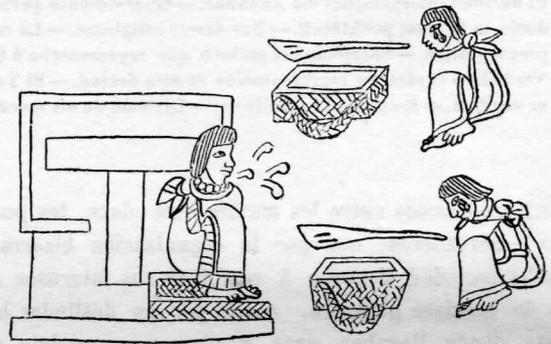
Un padre da consejos á su hijo que se dedica al comercio

víspera hacían ofrendas y sacrificios personales á los dioses *Xiuhcuhli*, *Tlaltecuhtli* y *Yiatecuhtli*, el que guía, que era su deidad especial, á la que también llamaban *Yacoliuqui* el de la nariz aguilena; y después los hacían á *Cecoatlullimelaotl*, que era uno de los signos del arte adivinatoria, y á *Zacatzontli* y *Tlacótzontl*, dioses de los caminos. Adornaban sus báculos *xonecuilli*, que eran así la representación de *Yiatecuhtli*.

A la mañana siguiente se daba convite en casa de uno de los mercaderes principales que se llamaban *pochtecatloque*. Era ceremonia lavarse manos y boca antes y después de comer, y después el viejo *pochteca* les deseaba felicidades en su expedición, exhortándolos

á que muriesen antes que volver atrás de su viaje, porque esto les daba deshonra.

Llegada la noche partían. Al partir no habían de volver la cara hacia atrás por ningún motivo, pues esto se tomaba por gran falta y pésimo agüero. Llevaban en una mano su *xonecuilli* y en la otra el *tzacuilhualtli*, gran abanico de papel, madera delgada ó plumas. Formaban dos largas hileras, una á cada lado del camino, y los que no eran principales llevaban á cuestras las cargas de las mercaderías. Cuando llegaban á país extraño con el cual no tenían amistad, marchaban militarmente á fin de poder defenderse si eran atacados; y si llevaban mercadería de esclavos cubríanlos porque no se los matasen con *ichcahuipilli* y *chimalli*. Como tenían ya establecido su comercio de manera ordenada y fijado el rumbo de sus caravanas,



Pochtecatlatoa arengando á los mercaderes

habían formado en los caminos, en lugares á propósito para rendir sus jornadas, grandes galeras en que se abrigan para pasar la noche. Tan luego como á ellas llegaban, reunían y ataban sus báculos y les hacían ceremonias y sacrificios de sangre. Si entraban en país desconocido enviaban mensajeros que avisasen su llegada para que los recibiesen de paz, y entonces por precaución caminaban de noche y acampaban de día.

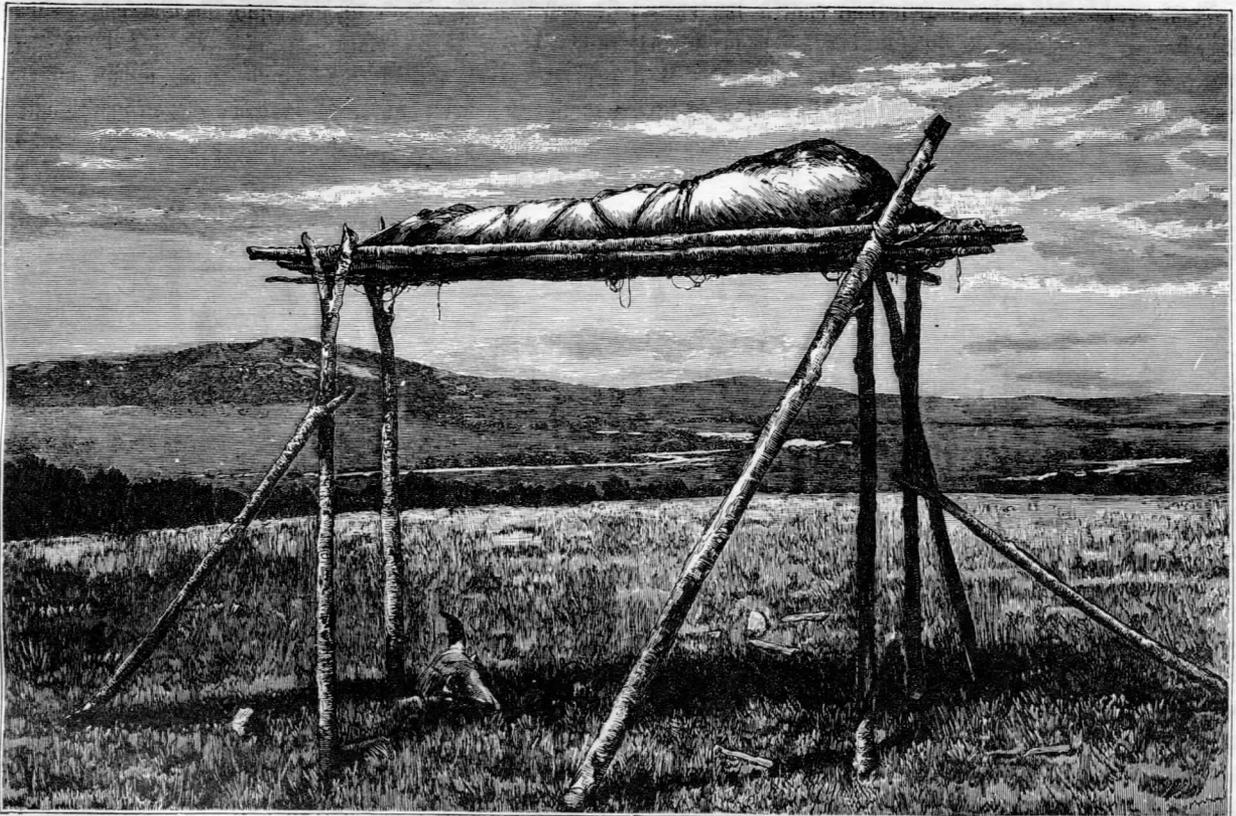
Parece que los mexica no hacían expediciones mercantiles al norte, aunque hay datos de que comerciaban con los tarascos; pero de preferencia se dirigían al sur, en donde estaban los pueblos más ricos en los productos que ellos necesitaban. El camino de las caravanas estaba indicado por el mismo centro de comercio de la civilización del Sur. Este centro era el Xicalanco. Allí llegaban las mercaderías mayas, ya por tierra ya en embarcaciones; era el punto de salida de los numerosos productos de la antigua región quiché, y el Xicalanco se comunicaba con el centro de nuestro territorio por Tochtepec, hoy Tuxtepec, sirviendo para ello el río de Quiotepec, que después toma el nombre de Papaloápan, y desemboca en el Golfo. Tochtepec, por su posición, venía á ser también el centro de los productos de las tierras de los tzapoteca y los mixteca, y en su camino se recogían los de los totonaca y pueblos

adyacentes. Así es que ese era el punto de destino de las caravanas de los mercaderes mexica. El camino está claramente indicado. Salían en canoas de la ciudad para excusar algo de cansancio, y buscaban la ribera opuesta del lago á fin de salir del Valle por el camino de Teotihuacán, encontrando así numerosos pueblos amigos en donde hacer parada; rodeando el territorio de Tlaxcalla marchaban á Tehuacán y de allí á Teotitlán para llegar en fin á Tochtepec. Llevaban principalmente navajas de obsidiana, pedernales, cascabeles, agujas y objetos de la industria mexica, y allí los trocaban por cacao, plumas, pieles y piedras preciosas.

Mas no se detuvieron en sus viajes en Tochtepec,

sino que avanzaban al Xicalanco y se extendían por la costa que Sahagún llama Anáhuac, nombre apropiado, pues ya hemos visto que significa *junto al agua*. Para no encontrar impedimento á su comercio daban á los *tecuhlli* de los pueblos por donde pasaban, y en nombre del de México, mantas ricas, enaguas y camisas preciosas de mujeres. A su vez los *tecuhlli* enviaban al de México plumas ricas de diversos colores.

Al salir de Tochtepec se dividían en dos caravanas los mercaderes de Tlatelolco y en otras dos los de Tenochtitlán, partiéndose con ellos los que iban de Huitzilopochco, Atzacapuzalco y Cuauhtitlán, pues no recibían á los de otros pueblos, y formándose en orden



Dakota Scaffold Burial

de guerra con sus armas y banderas, unos se dirigían á Anáhuac Ayótlán y los otros á Anáhuac Xicalanco. Llevaban joyas de oro y piedras, *copilli* de oro para los *tecuhlli*, vasos pequeños de oro para hilar con el *malácatl*, orejeras de oro, cristal y obsidiana, cascabeles, grana, piel de conejo, *tochómiltl*, y hierbas olorosas como el *tlacopatli* y el *xochipatli*. Los mercaderes de esclavos eran muy estimados y se llamaban *Tealtianitecoaniane*.

Como los *pochteca* iban ya en orden de guerra, salían también de la misma manera á recibirlos los *tecuhlli* de los pueblos, y los esperaban en el *yao-tlalli*, y de ahí marchaban juntos y llevaban á aposentar á aquellos y cambiaban los regalos acostumbrados.

Pero tanto la ambición de lucro como los intereses guerreros hacían que no se detuviesen los mercaderes en los pueblos que de paz los recibían; así es que penetraban en lugares enemigos y llegaban á regiones lejanas. Para evitar el peligro escogíanse á los conocedores de las lenguas de aquellos países y vestían los trajes en ellos usados. A éstos los llamaban *Nahualoztemeca*, y si eran conocidos los mataban. De ellos se sabe que llegaban hasta Tzinacatlán, de donde traían el ámbar para los *tencolli* ó bezotes.

Vueltos los de la expedición á Tochtepec, ya todos con sus trajes comunes y con las nuevas mercaderías que habían trocado, se volvían de la misma manera que se habían ido. Cuidaban en el camino de negar que

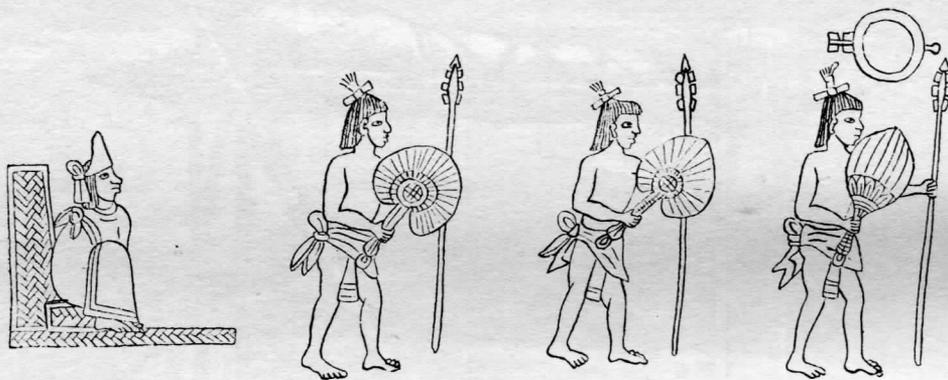
fuesen suyas las cosas que llevaban y de ir haciendo ofrendas y sacrificios en todos los pueblos que encontraban hasta llegar á Itzócán. Este lugar hace presumir que se volvían por distinto camino del que habían ido y que venían á salir al lago de Chalco. Cubrían perfectamente en las canoas sus mercaderías y desembarcaban de noche para que no los viesan. No paraban en sus casas, sino en la de algún pariente, y no confesaban que fuesen suyas las mercancías, pues aseguraban que eran de los *pochtcatlatoque*. Esta astucia y estos engaños eran propios de la raza y se conservan entre sus descendientes. Iban después á dar cuenta á sus jefes y se seguían banquetes y fiestas por el feliz término de la expedición.

Si un *pochtcatl* perecía peleando contra los enemigos, hacían su estatua de rajas de *ócotl* y le prendían fuego por considerarlo *yaoyizque*. Mas si moría de enfermedad no lo enterraban, sino que lo ponían en un

cacaxtli, le pintaban los ojos de negro y alrededor de la boca de rojo; le ponían bandas blancas por todo el cuerpo y una especie de estola y subían el *cacaxtli* sobre un palo hasta que se consumiese el cadáver, y decían que el mercader iba á habitar en la región del sol.

Es curioso que este procedimiento que los escritores americanos llaman *Scaffold burial*, ha sido usado por varias tribus de los Estados Unidos, que han hecho de los árboles sus cementerios.

Basta lo dicho para comprender cómo alejándose á largas distancias los *pochteca* y siendo su profesión origen de grandes lucros, lo que producía necesariamente una arraigada comunidad de intereses, hubieron de constituirse desde el principio en una clase separada. Conócese la clase, no sólo en los honores y preeminencias que en abundancia se les daban por los grandes beneficios que con el comercio proporcionaban



El *tecuhtli* de México envía á los *tequihua* á inspeccionar otros pueblos

á México, sino principalmente en que tenían fuero propio y estaban sujetos á jurisdicción especial y sólo á sus jefes. Cuando se unieron Tenochtitlán y Tlatelolco fueron éstos cinco y se han conservado los nombres de Cuauhpozahuáltzin, Nentlamatitzin, Huetzcatocátzin, Canáltzin y Hueycomátzin. Tenían su *técpán* ó palacio en Tlatelolco, y ahí juzgaban á los mercaderes, pudiendo hasta condenarlos á muerte y ejecutar la sentencia. Regían el *tianquiztli* ó mercado y fijaban el precio de las mercancías castigando á los que cometían faltas ó delitos. Sabemos que sentenciaban á muerte al que en la expedición forzaba á una mujer.

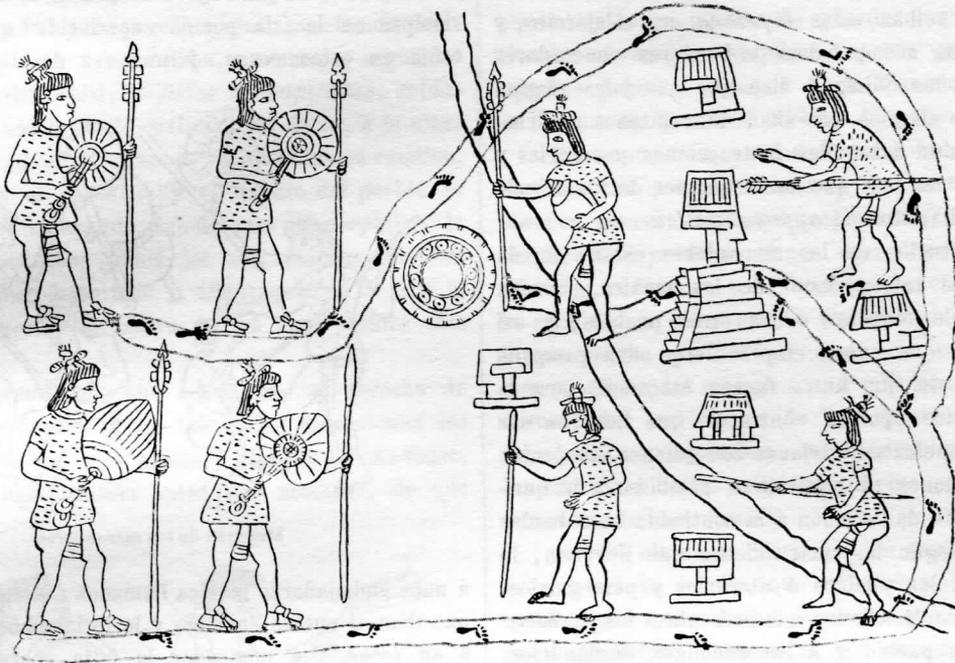
Sin duda que desde que se constituyó regularmente la sociedad tenochca, es decir, durante los últimos años del gobierno de Itzcoatl y los del de Motecuhzoma Ilhuicamina, buscaron los *tecuhtli* de México la manera de utilizar para sus conquistas á esa clase poderosa y atrevida que se lanzaba á grandes distancias y penetraba en las más remotas poblaciones. Mezcláronlos con guerreros y guerreros fueron sus jefes, por lo que Sahagún llama á los principales mercaderes capitanes disimulados. Y de esta manera servían los *pochteca*

para traer á los *tecuhtli* de México todas las noticias que necesitaban de los pueblos y regiones que habían de conquistar. Hablando de la de Anáhuac, dice Sahagún que primero la pasearon y vieron que estaba toda llena de riquezas, y esto secretamente como espías que eran disimulados como mercaderes.

El código Mendocino nos da á conocer en sus pinturas quiénes eran los *yaoyizque* destinados á empresas tan peligrosas y atrevidas: los vemos con el abanico en la diestra y la lanza en la mano izquierda que parten por orden del *tecuhtli* de México; son los *tequihua*, que por su traje parecen mercaderes, pero que revelan que son guerreros en su tocado amarrado hacia arriba por una correa; el símbolo de la guerra, que los acompaña, manifiesta también su destino. Ahora ya sabemos que los jefes de los mercaderes y de sus expediciones eran *tequihuaque*, que llevaban á sus órdenes *yaoyizque* mezclados con los *pochteca* y disfrazados con su traje. No iban en son de guerra, pero cuidaban á las caravanas y las dirigían, y en un momento dado las formaban para su defensa y resistían al enemigo. Ellos eran los *nahualoztemeca* que inspeccionaban en

secreto los países enemigos. Ellos, cuando llegaban á un pueblo, salían en la noche, cuando no fueran sentidos, á recorrerlo é inspeccionarlo para saber por dónde

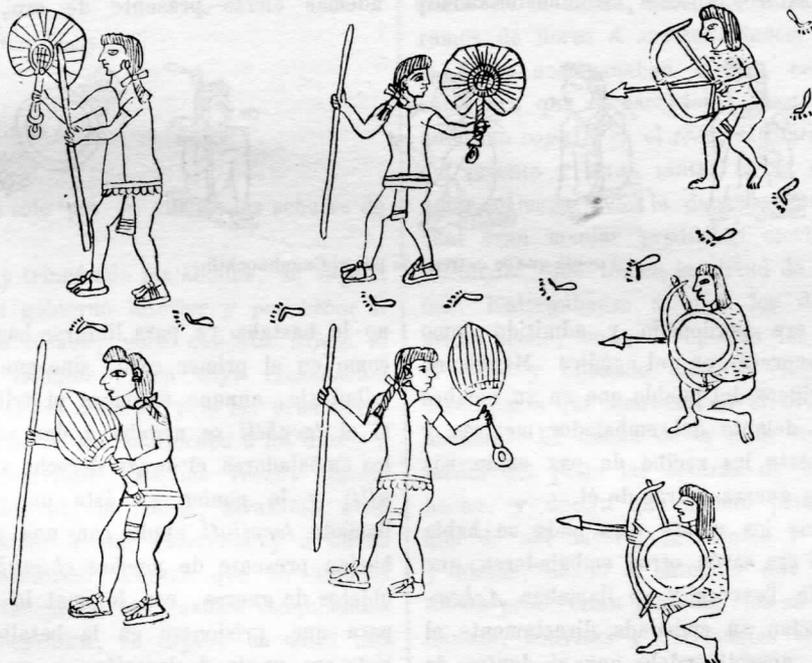
podía ser atacado en caso necesario, cuáles eran sus obras de defensa y cuáles sus puntos débiles. Así en la pintura del códice Mendocino los vemos primeramente



Tequihua inspeccionando un pueblo en la noche

llegar al pueblo por sus dos caminos: entran erguidos por no dar en que temer, y llevan el abanico, atributo

de los mercaderes, y van calzados con *cactli*. Pero después se ven sin calzado para no hacer ruido é incli-



Tequihua atacados por los guerreros de otro pueblo

nados como quien anda despacio en la oscuridad y no quiere tropezar; ya no van por el camino, sino que penetran por todo el pueblo, y examinan el *tianquiztli*,

el *técpán* y el *teocalli*, y atraviesan el río, las encrucijadas y las calles; no llevan los abanicos de mercaderes, pero sí sus lanzas de guerreros, y uno de ellos

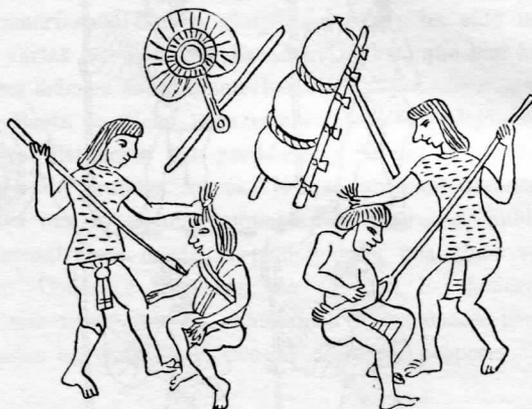
el caracol que les servía de bocina para dar la señal de alarma en caso de que fuesen descubiertos, y juntarse todos los *pochteca* y defenderse.

Conocedores ya de la localidad por este medio, en caso de guerra iban estos *tequihua* con el ejército, y parece que los acompañaban mercaderes conocedores del terreno, pues Sahagún dice que sus jefes elegían para ese efecto algunos que iban de capitanes y oficiales, á los cuales daban las instrucciones necesarias y les nombraban un jefe que tenía que ser de los principales, al cual llamaban *Cuappoyahuáltzin*.

Esta institución de los mercaderes estaba ligada con el derecho internacional de los mexica. Hacían éstos alarde de respetar á los otros pueblos, y así asegura Durán que nunca emprendieron una campaña sin justicia y sin que antes fuesen atacados; pero la historia nos dice, por el contrario, que llevaron sus conquistas á pueblos muy lejanos con quienes no tenían ningunas relaciones ni motivos ni posibilidad de querrelas. Mas para dar ocasión á la contienda buscábanlas los *pochteca* según las instrucciones que llevaban, lo que obligaba á los pueblos á atacarlos y perseguirlos. El mismo códice Mendocino nos presenta á los *pochteca* huyendo de un pueblo y á los enemigos flechándolos. Esto era bastante agravio para México, pues los mercaderes llevaban siempre el carácter de embajadores, y por eso presentaban á los *tecuhtli* regalos de parte del mexicatl. Así es que en otra pintura del mismo códice se ve á los enemigos matando á los mercaderes, y su carga, báculos y abanicos tirados, é inmediatamente

después está la declaración de guerra al *tecuhtli* del pueblo que había cometido el atentado.

Llegado el caso de guerra, se reunían los *tecuhtli* de México, Texcoco y Tlacópan con el Consejo, y siempre en la isla por la superioridad que el primero tenía en estas cosas, y una vez decidida se enviaba



Matanza de los mercaderes

á unos embajadores mexica llamados *Cuacuahnóchtzin*, que iban al pueblo enemigo y le intimaban que obligase á su *tecuhtli* á enmendar la falta, para lo cual les daban un plazo de veinte días; pues de no hacerlo les llevarían la guerra, y porque no se quejasen de que estaban desprevenidos les hacían regalos de macanas y *chimalli*. Si en ese término satisfacían á los mexica y consentían en permitirles libremente el tráfico, dando además cierto presente de oro, piedras, plumas y



Pueblo que se entrega de paz al Cuauhnóchtli

mantas, el pueblo era perdonado y admitido como amigo. Esto se expresa en el códice Mendocino poniendo á tres individuos del pueblo que en su nombre ofrecen lo antedicho delante del embajador mexica; y para significar que éste los recibe de paz están sus armas y símbolo de la guerra detrás de él.

Pero si cumplidos los veinte días nada se había alcanzado, llegaban á esa sazón otros embajadores, que eran de la ciudad de Texcoco y se llamaban *Ahcacáuhztzin*, y éstos decían su embajada directamente al *tecuhtli* del pueblo, apercibiéndole que si dentro de otros veinte días no se daba de paz y por tributario de la confederación del Anáhuac, serían muertos él y los principales, machacada la cabeza con una porra, si no morían en batalla ó eran hechos prisioneros, y sacrificados á los dioses. Si cedía el pueblo requerido,

no le bastaba ya para librarse hacer un rico presente como en el primer caso, sino que tenía que darse por tributario, aunque entonces el tributo era corto; mas si el *tecuhtli* se negaba á dar satisfacción, le ungían los embajadores el brazo derecho y la cabeza con negro *ulli*; y le ponían en ésta un penacho de plumería llamado *tecpilotl* atado con una correa colorada y le hacían presente de muchos *chimalli*, macanas y otros objetos de guerra, con lo cual lo preparaban y ungían para que, prisionero en la batalla, fuese sacrificado. Esta era ya la declaración, y en el códice Mendocino están los dos embajadores *Ahcacáuhztzin*, presentando el uno al *tecuhtli* un riquísimo *chimalli*, mientras el otro le pone el *tecpilotl* y se dispone á untarle el rostro: el signo de las huellas y su dirección indica la llegada de los embajadores.

Pues todavía, si el pueblo no se daba de paz, iba una tercera embajada que entonces era de dignatarios tepaneca. La primera vimos que se dirigía á la gente del pueblo, especialmente á los viejos y viejas; la segunda al *tecuhlli* y á los principales, podríamos decir al gobierno, y esta tercera daba su mensaje, según las palabras de Ixtlilxóchitl, á todos los *capitanes, soldados y otros hombres de milicia*, es decir, á la clase guerrera. Si en el término de veinte días se rendían, sólo castigaban al *tecuhlli*, y el tributo del pueblo se pagaba de los bienes de aquél; mas si aceptaban la guerra, se retiraban todos los embajadores dándoles grandes regalos de armas y emplazándolos á dar la batalla en el *yaotlalli* dentro de los otros veinte días siguientes.

Estas ceremonias, que constituían el derecho de gentes de los mexica y en las cuales intervienen los embajadores de las tres naciones aliadas del Anáhuac, modifican la idea emitida antes por nosotros, de que



Ceremonia de la declaración de guerra

alguna vez pelearon sólo por su cuenta los señores de México.

Dada la batalla y triunfando los aliados, se dejaba al pueblo vencido su gobierno interior y por señor al que legítimamente le tocaba; pero quedaba sujeto al pago periódico de tributos, para cuya recaudación se le ponía un *calpixqui* mexica, y á los prisioneros hechos en la campaña se les sacrificaba á los dioses ó se les reducía á esclavitud. Muchas veces, cuando entraban en un pueblo por la fuerza, arrasaban gran parte de él y mataban á sus guerreros y á buena cantidad de sus pobladores. Parece que en algunos casos, por la importancia de los pueblos conquistados ó de su posición geográfica, se dejaba en ellos una guarnición permanente: Bandelier lo niega; pero á más de que lo afirma Ixtlilxóchitl, Landa habla de la guarnición mexica del Xicalanco, y ambos tratan de la historia de pueblos muy diferentes, sin que hubiera entre sus personas ni entre aquellos pueblos la menor relación.

Debemos agregar que también formaba parte de aquel derecho internacional la inviolabilidad de los embajadores. Se cita en contra los peligros que corrió Motecuhzoma cuando fué á declarar la guerra á Maxtla; pero ni éste era modelo de guardar las leyes internacionales ni otras cualesquiera, ni era probable que en aquellos primeros tiempos de la historia del Anáhuac se hubiese fijado aún el derecho de guerra.

Por supuesto que el sacerdocio hubo de intervenir en clase tan poderosa como la de los mercaderes: se observa esto en las mismas pinturas, pues algunos de los *tequihua pochteca* tienen cuerpo y rostro negros y abanicos redondos, á diferencia de otros que llevan la cara de su color propio y abanicos de forma oval, lo que prueba que los primeros eran sacerdotes ó á lo menos salidos del *Calmecac*. A más llenaron los sacerdotes á los mercaderes de supersticiones que de los *tonalpouhque* dependían, revelándose su influencia en las suntuosas fiestas religiosas de los *pochteca* de que daremos una idea somera.

De dos clases de fiesta nos dan razón las crónicas: la una era la común, que daba el *pochtécatl* cuando quería hacer gala de las riquezas que en el comercio había adquirido. Comenzaba por ofrendas á *Huitzilopochtli*; se seguía danza de guerreros, en la que salía primero el *Tlacatécatl*, y luego tras él los *quaquachicti*, los *otomi* y los *tequihuaque*, es decir, los *yaoyizque* más distinguidos, por la estrecha unión que entre ambas clases había. Los *pochteca* no tomaban parte en la danza, sino que estaban obsequiando con ramos de flores á sus convidados. Por supuesto que á la fiesta acompañaban ciertas ceremonias religiosas, como era que el sacerdote, puesto frente al *huehuell*, quemase *copalli* en el *temaill* cuatro veces en dirección del oriente y otras tantas en la del occidente, sur y norte. Después de la danza seguía la comida, en la cual eran manjar predilecto ciertos hongos llamados *nanicatl*, que tienen la virtud de producir alucinaciones. Entregábanse á ellas los del convite hasta la media noche, en que repetían las ofrendas, siguiendo el baile y tomando durante él jicaras de espumoso cacao hasta que aparecía en el oriente la estrella de la mañana. El dueño de la casa enterraba entonces en medio del patio las cenizas de la ofrenda que había hecho, y decían que habían plantado *huitzlliyietl* y que de ahí nacería la comida y bebida de sus hijos y nietos, dando á entender que por esa ofrenda los dioses protegerían y harían rica su descendencia, y con danzas, convites y ceremonias semejantes continuaba la fiesta por otros dos días.

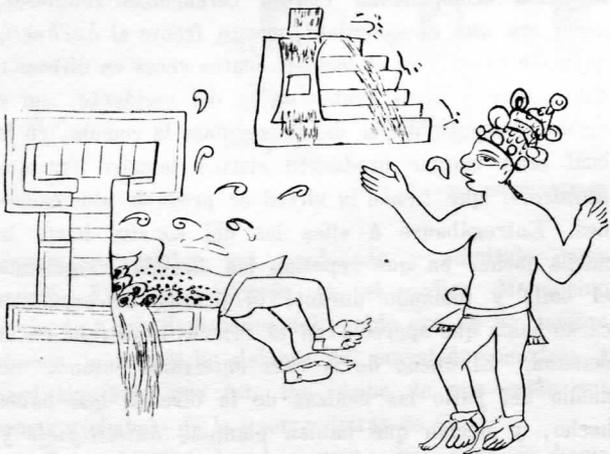
La otra á que nos hemos referido, que era la solemne, tenía lugar una vez al año en la festividad llamada *Panquetzaliztli*. Para ella compraban los mercaderes entre todos un esclavo que nombraban *laatliztin*, que quiere decir lavado, porque para purificarlo

de la servidumbre lo bañaban dos veces con el agua de los dioses á fin de que pudiese representar á *Quetzalcoatl*, deidad principal de los *pochteca*. El esclavo debía ser sano y hermoso de rostro y cuerpo; y una vez lavado, cuarenta días antes de la fiesta, le vestían con el traje del dios, poniéndole la mitra, una máscara de



El Tlaaltlizin

pico de pájaro con dientes, el joyel, los zarcillos de oro, los *cactli*, el *maxtli*, el báculo y el *chimalli* propios de la deidad; y durante ese tiempo lo reverenciaban como si fuese el mismo *Quetzalcoatl*, y lo llevaban con guarda y mucha gente que le hacía compañía. En la noche le enjaulaban porque no se huyese, y en la mañana le daban de comer muy bien, y poniéndole rosas



Sacrificio del Tlaaltlizin

en las manos y collares de flores al cuello, salían con él, que iba cantando y bailando, por toda la ciudad. Nueve días antes iban dos viejos sacerdotes á notificarle el día de su muerte, por lo que llamaban á esta ceremonia *neyolmaxiltlitzli*, que significa apercebimiento. Si tal noticia le causaba tristeza, como esto fuera de mal agüero, le daban una jicara de chocolate batido con las

navajas del sacrificio, pues pensaban que con esta bebida *itzpacátl* se embrujaba y le tornaba la alegría.

Para el día de la fiesta invitaban á los mercaderes principales nombrados *pochtecatiailotlac*, y á los *nahualoztomeca*, y á los *teyahualohuani*, que eran los que trataban en esclavos. Iban además á Tochtepec á convidar á los comerciantes tlatelolca que allí residían, y se reunían también los otros mercaderes *yiaque*, *tecanime* y *tealtiani*. Pasábase el día en convites y danzas, y á la media noche, después de hacer al esclavo mucha honra de *copalli* y música, sacrificábanlo en lo alto del *teocalli* arrancándole el corazón y ofreciéndolo á la luna *Tezcatlipoca*: recuerdo que quedaba de la lucha astronómica con *Quetzalcoatl*, á quien el esclavo sacrificado representaba. Lanzaban en seguida el cuerpo muerto por las gradas y bajaba rodando hasta el *apetlac* ó patio del *teocalli*. De ahí lo levantaban é iban á guisar para comerlo en el banquete á que asistían todos los mercaderes, y mientras amanecía y se guisaba el sacrificado, danzaban los *pochteca* alrededor de una gran lumbrada que en el mismo templo se encendía.

Según el relato de Sahagún, había algunas variantes en esta ceremonia, siendo las principales el que se sacrificaba á varios esclavos hombres y mujeres; que el sacrificio se efectuaba de día, y que mientras se llevaba al templo las víctimas, un sacerdote con el traje del dios *Paynalton*, salía corriendo de Tenochtitlán á Tlatelolco, de ahí, pasando por Nonoalco y Popotla, iba á Macatzintamalco, Chapultepec y Macatlán, y volviendo por el camino derecho á Xoloc, entraba en México. Esta intervención del dios *Paynal* es importante, y nos explica al fin cuál era su carácter en la teogonía mexicana.

Sahagún dice, con el lenguaje propio de su época, que este dios era como *sota-capitán* de *Huitzilopochtli*, dios de la guerra, y que servía cuando repentinamente había que salir al encuentro de los enemigos, porque entonces este *Paynal* movía á la gente de guerra para que fuese apresuradamente al combate. Por eso en la fiesta uno de los sacerdotes tomaba la imagen de este dios, compuesto con ricos ornamentos, é iba corriendo y todos los que le seguían. En la opinión de Sahagún, esto representaba la prisa que se necesita para resistir á los enemigos que atacan por sorpresa haciendo celadas. Y Torquemada agrega, que cuando apellidaban el nombre de *Paynal*, que quiere decir veloz, ligero y apresurado, toda la gente de guerra salía con gran prisa porque era seguro el peligro; de modo que su nombre servía de voz de alarma. Y para esto sacaban también los sacerdotes al dios con unas andas, y á todo correr lo llevaban seguidos con la misma carrera por todo el pueblo; deteniéndose en los límites de cada *calpulli* para ofrecerle sacrificios de codornices y á veces de hombres.

Respecto de la festividad *Panquetzalitzli*, habla

también Torquemada de la procesión del dios *Paynal*, agregando que su estatua era de madera, que el sacerdote que la cargaba iba vestido con el traje de *Quetzalcoatl*, y que por delante se llevaba como estandarte una gran culebra llamada *Ezpánitl*, que significa bandera del sacrificio. Como el dios principal á quien la festividad estaba dedicada era *Huitzilopochtli*, desde la víspera formaban su imagen del tamaño natural con semilla de bledos, y hacían de la misma manera la de su compañero *Tlacahuepancucútzin*. Una vez formadas, poníanlas con grandes ceremonias en su altar y las velaban toda la noche los sacerdotes. Al caer de la tarde comenzábase en el patio del templo un gran baile de hombres y mujeres que duraba hasta entrada la noche. Estos bailes y cantares se habían repetido por veinte días. En el de la víspera de la fiesta la forma de la danza era especial, pues los que en ella tomaban parte formaban una cadena que iba culebreando haciendo muchos y muy concertados movimientos diferentes de los usados en los otros bailes. El día de la festividad tenía lugar procesión, sacrificio y banquete que ya hemos referido, con algunas ceremonias más que varían en los cronistas, concluyéndose todo á la puesta del sol. De estas ceremonias eran las más notables el sacrificio que se hacía de cuatro cautivos en el *Teutlachco* ó juego de pelota, y la solemne escaramuza de los guerreros que no se hacía en otra fiesta y en la cual se arremetían de tal manera en el patio del templo que morían algunos de ellos.

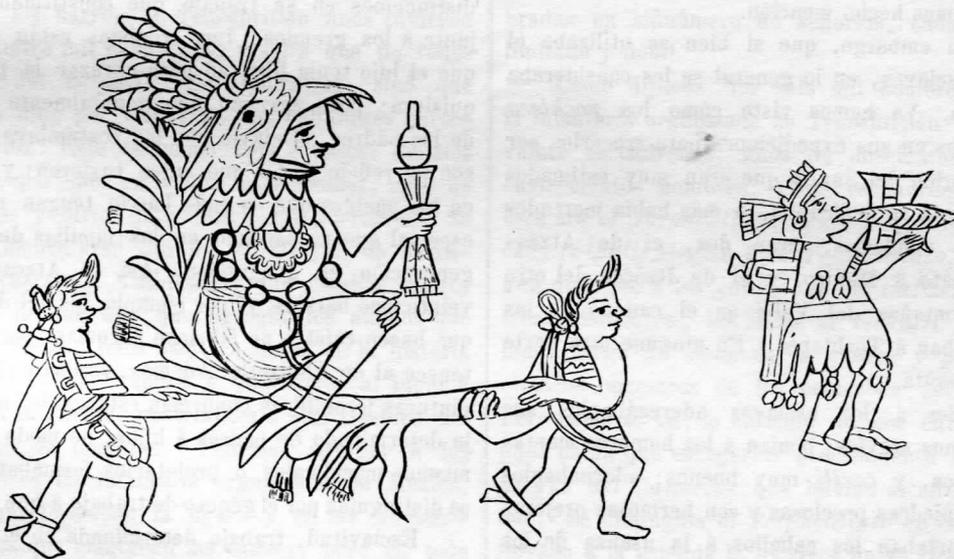
Mas al día siguiente había otra ceremonia impor-

tantísima. Tan luego como se había colocado en el altar la estatua del dios *Huitzilopochtli*, ya nadie osaba tocarla, y sólo entraba en su santuario el *Teotecuhtli*. Pero al día siguiente de la fiesta bajaban la estatua á una sala especial y entraban en ella el sacerdote *Quetzalcoatl*, jefe del *Calmecac*, que era quien había cargado en la procesión al dios *Paynal*, el *tecuhlli* de México, un sacerdote especial de *Huitzilopochtli* llamado *Tehua*, otros cuatro sacerdotes y cuatro *tepochlla-*



El Teoqualo

toque: de modo que estaban representados el poder civil, el sacerdotal y el guerrero en sus diversas clases. Tomaba entonces el *Quetzalcoatl* un dardo ó *tlacóchitl*, y arrojándolo al ídolo le atravesaba el pecho, con lo cual caía. Entraban en seguida todos los sacerdotes y uno tomaba el corazón de la deidad y lo daba al *tecuhlli*, y los otros repartían el cuerpo á los *calpulli*, en donde por migajas lo comían los hombres, especialmente los guerreros. Llamaban á esto *Teoqualo*, que significa dios es comido. Lo mismo hacían con la otra estatua de *Tlacahuépan*.



El Ypayna Huitzilopochtli

Quedaríamos, sin embargo, sin conocer el verdadero carácter del dios *Paynal* y el papel que representaba en la festividad *Panquetzaliztli*, si Durán no nos completara su descripción con un dato muy importante.

Y es que en la procesión y corrida que hacía *Paynal* llevaban también en andas la imagen de *Huitzilopochtli*, á la cual seguía á toda prisa el pueblo; por lo que á esta ceremonia la llamaban *Ypayna Huitzilo-*

pochtli, que quiere decir la corrida de *Huitzilopochtli*. Y en efecto, en una de las pinturas de un precioso códice que posee en París M. Aubin, y que se refiere á las festividades y veintenenas ó meses del año, se ve á *Paynal* corriendo por delante y tocando un caracol ó bocina, y detrás á los sacerdotes que corriendo también llevan en andas á *Huitzilopochtli*, que está lujosamente ataviado con todos sus atributos.

Ya ahora sabemos que *Paynal* precede á *Huitzilopochtli*; y fijémonos en que la traducción literal del nombre de aquel es *el que corre con ligereza*. Pues bien, los mercaderes acostumbraban andar por el camino corriendo, costumbre que usan todavía nuestros indios; y ya vimos que los *pochteca* precedían siempre á los *yaoyizque* en la guerra, y que iban antes que ellos á provocarla y á inspeccionar los pueblos que debían ser invadidos. Así es que ya podemos decir, que si *Huitzilopochtli* era el dios que representaba á la clase guerrera, *Paynal* era el representante de los mercaderes, de la clase *pochtécatl*.

Mas se habrá observado que al tratar de la referida festividad se habla de mercados de esclavos, y que en la intimación que se hacía á los guerreros enemigos se les amenazaba con que á los que cayesen prisioneros, á unos se les sacrificaría y á otros se les reduciría á la esclavitud. Generalmente se cree que el número de esclavos era muy corto en México, y así lo dice el mismo señor Orozco; pero si reflexionamos en que las continuas guerras de los mexica producían sin interrupción buen contingente de esclavos, tendremos que modificar esa idea. Agreguemos los que por tributo se pagaban, de los cuales ya hemos hecho mención.

Parece, sin embargo, que si bien se utilizaba el trabajo de los esclavos, en lo general se les consideraba como mercancía. Ya hemos visto cómo los *pochteca* llevaban esclavos en sus expediciones para trocarlos por objetos de la región del Sur, y que eran muy estimados los que á esa trata se dedicaban. A más había mercados especiales para venderlos: eran dos, el de Atzacaputzalco inmediato á México, y el de Itzócán del otro lado de las montañas del Valle en el camino de las caravanas que iban á Tochtepec. En ninguna otra parte se permitía su venta.

Para vender á los esclavos aderezábanlos sus dueños con buenos atavíos; ponían á los hombres mantas y *maxtli* lujosos, y *cactli* muy buenos; adornábanlos con bezotes de piedras preciosas y con hermosas orejeras de cuero; les cortaban los cabellos á la usanza de los principales *yaoyizque*; colgábanles sargas de flores al cuello, y les daban *chimalli* vistosos y cañas de perfumes que andaban chupando, y de esta manera compuestos iban cantando y bailando. A las mujeres les ponían *huipilli* y *cuéyatl* lujosísimos, y era costumbre cortarles los cabellos por debajo de las orejas como una mano alrededor. Alquilaban sus dueños músicos que cantasen

y tañesen el *teponaxtli* para que bailaran los esclavos en la plaza donde los vendían, y cada tratante ponía aparte la danza de los suyos.

Los que iban á comprarlos los examinaban cuando estaban bailando, pues apreciaban no sólo sus formas y la buena disposición de su cuerpo, sino el que cantasen y bailasen sentidamente y á compás. Así es que si en lo general valía un esclavo treinta *cuachtle* ó mantas, daban hasta cuarenta por los que se distinguían en las danzas. En la venta no entraban los trajes; así es que el comprador tenía que llevar preparados suyos para vestirlos.

La esclavitud de los hombres tomados en la guerra no era hereditaria; tampoco lo era la de aquellos que por pena caían en servidumbre; pero cuando tenía por origen la propia voluntad, era, según los casos, unas veces hereditaria y otras no. Así los jugadores y las mujeres públicas se vendían con la condición de que por cierto tiempo quedaran libres para gozar del precio de su libertad, y después entraban en la servidumbre que no era hereditaria. Los padres que tenían más de cuatro hijos podían vender uno, y con consentimiento del señor podían á cierto tiempo mudarle por uno de sus hermanos. Pero había muchos pobres, hombres y mujeres, que en época de hambre se vendían y á sus hijos y descendientes, y entonces la esclavitud era hereditaria. A éstos les llamaban esclavos de *cehochtli*, en memoria de la grande hambre que hubo en ese año.

De todos modos resulta que la esclavitud existía en no pequeña escala en México y constituía clase, siendo en no pocos casos hereditaria.

Pues aun en los mismos macehuales ó pueblo había distinciones en su trabajo, que constituían algo semejante á los gremios. Los cronistas están conformes en que el hijo tenía libertad para abrazar la profesión que quisiera; pero agregan que generalmente adoptaba la de los padres. Todavía hoy las costumbres de los indios son un reflejo de las que antes tuvieron: y es constante en los pueblos que en cada barrio tengan una industria especial que va pasando en las familias del *calpulli* de generación en generación. Así en Atzacaputzalco hay veinticinco barrios, y, por ejemplo, los del de Quauhxiclo que hacen cajetes no fabrican cazuelas, porque esto pertenece al de Ahuizotla. Además, veremos adelante que las pinturas jeroglíficas confirman esta tradición de un trabajo determinado de padres á hijos; de modo que entre los mismos macehuales ó proletarios formábanse clases que se distinguían por el género de trabajo á que se dedicaban.

Esclavitud; trabajo determinado en el pueblo; clase *pochteca* con jurisdicción propia; clase guerrera con grados aristocráticos dentro de ella misma, y clase sacerdotal que encerraba una casta, eran los componentes de la sociedad mexica, que por tal virtud se alejaba inmensamente de la libertad y de la igualdad de la tribu, y constituía un verdadero despotismo, que el señor Orozco compara al de las antiguas naciones orientales.